

# Rebelión en la granja

Tres libros que no te convertirán en un animalista

MARC CAELLAS

Los fanáticos de la trama, los hipersensibles del 'spoiler', los integristas del "qué pasará" quizá se molesten, pero es casi imposible hablar de 'Fuera de quicio' (Malpaso 2016) sin desvelar lo que la autora no cuenta hasta la página 85 (pueden parar de leer ahora): la hermana gemela de la protagonista es un simio. Garantizo que la lectura no pierde un ápice de interés al saberlo. La propia autora dialoga con el lector y justifica este "escamoteo" argumental. Dicho ocultamiento funciona como herramienta estilística. Activa un dispositivo de curiosidad que nos permite entrar con sigilo en el peculiar experimento con el que un psicólogo norteamericano somete a su familia, una convivencia de cinco años entre una niña y una chimpancé.

"No creía que los animales pudieran 'pensar', al menos en el sentido que él le daba al término, pero tampoco se sentía muy impresionado por el pensamiento humano. Decía que el cerebro humano era como un coche de payasos aparcado entre nuestras orejas. Abrías la puerta y empezaban a salir payasos y más payasos."

Karen Joy Fowler escribe en una primera persona a la que todo lo animal la condiciona. Así, "sentí que mi angustia se desprendía de mí como la piel de una serpiente", o "viramos como un banco de peces sincronizados". La protagonista aprende sobre sexo con los documentales de animales, lee 'La costa de los mosquitos' y afirma que Tarzán es su superhéroe favorito. Todo con un tono coloquial, pero no banal, que nos permite entrar en esa atmósfera familiar enrarecida. Karen es como una de esas amigas que te encuentras después de años y te cuenta su vida en un bar.

La novelista se inspira en una experiencia real que sucedió en los años treinta. No sé qué pensarán los animalistas sobre el psicólogo Winthrop N. Kellogg. El hombre utilizó a una chimpancé recién nacida, la juntó con su propio hijo de diez meses y se dedicó a observarlos para discernir en qué momento del proceso de crecimiento se crea esa brecha que separa al humano del animal. Parece que el mono aprendió antes y, entonces, decidió separarlos.

Desconocemos si el escritor mexicano Rafael Toriz hace experimentos con animales en la intimidad. Sí sabemos que es miembro fundador y practicante de la antropología tropical, y



Una imagen de Édgar Cano.

que se esfuerza por expandir este culto hedonista, intelectual y frívolo desde su oficina en Buenos Aires. De esos trabajos sale 'Animalia' (Vanilla Planifolia, 2015), una recopilación de fieras que podrían formar parte de la 'Fauna' de Joan Fontcuberta o del 'Manual de Zoología Fantástica' de Jorge Luis Borges.

Toriz hace alquimia con las palabras para definirnos a estos seres que transitan por la jun-

**Rafael Toriz es miembro fundador y practicante de la antropología tropical**

gla de nuestra pervertida imaginación. Para describir al Macaco Muriquí se sirve de un lenguaje más experimental: "Macaco: musitas, mientes, murmuradas melifluo mostrando molares. Mientras mucho masculles más moleras mi memoria". Con la Mariposa de Obsidiana la escritura muta en una prosa poética: "Livianísima y pesada como la cul-

pa y el suspiro, en otros tiempos (antes de extinguirse) fue venerada como diosa de la guerra, del parto y de la tristeza. La mariposa de obsidiana era un animal melancólico de aterradora belleza que nacía en las garras de los jaguares y moría ineluctablemente en la boca de los ancianos". Para el Celacanto se decanta por un tono más enciclopédico: "Algunos marinos asiáticos sostienen que en la espina dorsal del celacantao se encuentra el bebedizo de la vida eterna, causa de su longevidad y buena estrella." Cada texto, cada animal, dialoga con su correspondiente ilustración, a cargo de Édgar Cano. El conjunto es un libro salvaje que se disfruta con la nostalgia de aquel amor que nunca sucedió. Pero, comprobado está, las ménades están siempre al acecho y cada cual es libre de escoger las cadenas a las que quiere atarse.

Podemos aprender muchas cosas de los animales. El zoólogo Jules Howard nos regala con '¡Sexo en la tierra! Un homenaje a la reproducción animal' (Blackie Books, 2015) un estimulante repaso a su vida sexual. Esto sí que es diversidad sexual

de la buena. Afortunadamente, hemos dejado atrás esas épocas oscuras en que la ciencia del sexo no era bien vista, no era respetable. Le pasó al Doctor Masters en los años cincuenta, como le pasó al erudito Levick, incapaz de hablar en público sobre el depravado comportamiento de algunos pingüinos en la Atlántida. Ahora, en cambio, algunos científicos piden públicamente colocar peceras en las

**La naturaleza es sabia, nos decían en la escuela**

aulas de los colegios para que los niños vean lo que un espinacho en celo es capaz de hacer.

Podemos aprender que hay una guerra en curso entre especies, una guerra de la que no se habla en los noticieros. Mamíferos contra los anfibios. Vamos ganando. Para nuestro autor, es una mala noticia. El sexo anfibio apasiona a Howard. Lleva años disfrutando de los prolegómenos del sexo entre ranas, aunque "el momento exacto de

contacto entre el esperma y las huevas sigue siendo un encuentro a menudo secreto, oculto, escondido de miradas indiscretas". Hablando de esperma, en el capítulo sobre los caballos sementales, el autor nos informa de los últimos estudios sobre el semen humano: "aunque parezca increíble, algunos indicios apuntan a que las mujeres que mantienen relaciones sexuales sin protección (y que, por tanto, están en contacto regular con el semen) sufren menos depresiones y son menos propensas a suicidarse".

Podemos aprender también que la primavera la sangre altera... ¡la de los patos! Y que esa calentura genera una "copulación forzada" hacia las patas. Violación no es un término científico, nos aclara el autor. Lo que sí es científico es el descubrimiento de que las patas, cansadas de tanto pato abusivo, han generado una vagina que repele a los penes menos atractivos. Las patas hembras han aprendido a tomar el control. Recuerden el lema: nosotras parimos, nosotras decidimos. La naturaleza es sabia, nos decían en la escuela. 'Sexo en la tierra' lo confirma.